

Insistimos, es en este contexto donde se inicia la formación de Gustavo Molina como dirigente, a la cual contribuyeron más tarde Eugenio Suarez, fundador del Instituto Bacteriológico de Chile, Sótero del Río, quien ocupara cargos importantes en la administración pública, Hernán Romero, John Janney y otros maestros destacados de la Medicina y Salud Pública chilenas.

Aún siendo estudiantes de los últimos cursos, Gustavo empezó a trabajar como Secretario del Consejo del Instituto Bacteriológico de Chile, presidido por Eugenio Suárez. A este Consejo, por los cargos que desempeñaban pertenecieron Sótero del Río, Salvador Allende, Juan Varletta, Hernán Alessandri, entre otros. Su facilidad para establecer relaciones y su bagaje cultural, contribuyeron a su integración plena al grupo de profesionales que conformaban el Instituto. En la práctica, se constituyó en su vocero y líder, proyectando el Instituto a otras áreas de incipiente y débil organización sanitaria. Para este fin, se incorporó a la Dirección General de Sanidad, al Departamento que hoy corresponde a Epidemiología. Empieza, entonces, a transitar por las rutas de la Salud Pública y su trabajo tesonero y convincente, estimula la incorporación de varios jóvenes, aún estudiantes y entre ellos, nosotros.

Junto a Gustavo, recibimos nuestros títulos de médicos en noviembre de 1938, después de la asonada nacistica del 5 de septiembre de ese año.

En 1940, aproximadamente, Gustavo es becado por la Fundación Rockefeller para estudiar Salud Pública en The Johns Hopkins University, en la que se destacó como excelente alumno y recibió la influencia, entre otros, de Henry Sigerist. De regreso al país es designado Jefe de la Unidad Sanitaria de Antofagasta. Posteriormente, se incorpora a la Unidad Sanitaria de Quinta Normal, pasando, enseguida, a desempeñar diferentes cargos en el Ministerio de Salud. Convencido de la necesidad de formar especialistas en Salud Pública, sobre todo porque ya se había formado el núcleo que daría origen a la Escuela de Salubridad, gestiona becas para que en 1943, un numeroso grupo de profesionales, bajo los auspicios de la Fundación Rockefeller, Kellogg y de la OPS, estudien Salud Pública en The Johns Hopkins University, en la Universidad de Columbia y en la Universidad de Harvard. A su regreso al país, parte de este grupo se incorpora a la naciente Escuela de Salubridad. En ésta, Gustavo se desempeña como Profesor de Administración Sanitaria, materia sobre la cual publica dos textos. Otros, con mayor autoridad y con más antecedentes que nosotros, relatarán la trayectoria de este apasio-

nado de la Salud Pública, que va sembrando sus enseñanzas e inquietudes en diferentes países de Latinoamérica, como Puerto Rico, Perú, Venezuela, México, Cuba, entre otros. Y por las características tan sobresalientes que alcanza, Fred Soper, Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, lo incorpora a ella, desempeñándose en las Divisiones de Salud Pública y de Educación.

Mientras tanto, en el país participa activamente en la creación del Colegio Médico, del Servicio Nacional de Salud, en la organización de los Seminarios de Formación Profesional y en las primeras ediciones de Cuadernos Médico Sociales.

Alejado algunos años del quehacer sanitario por su afección bronco pulmonar, se reincorpora nuevamente a esa actividad después de la elección de Salvador Allende como Presidente de Chile. Con tenacidad realiza una tarea para la cual no reclama descanso, aprovechando todas las oportunidades posibles para exponer el Programa de Salud de la Unidad Popular y cumple variadas tareas a petición del Presidente. El golpe militar lo sorprende como asesor de la Quinta Zona de Salud de Santiago. Debido a la actitud de varios colegas, que no le perdonaban su entrega al gobierno, pasa a formar parte del grupo de médicos desaparecidos. Varios días después, se le encuentra en la cárcel, desde donde es trasladado a Tejas Verdes. En este campo de concentración es brutalmente torturado por los agentes de la Dina. Más tarde es llevado a la llamada "cárcel para médicos", ubicada en Agustinas 656, próxima a Miraflores, donde funcionaba la Escuela de Servicio Social "Alejandro del Río", inmueble donado por la familia para este fin educacional. Durante su estada en esta prisión, con la colaboración de uno de nosotros (H.V.), tradujo al castellano un conjunto de artículos de Henry Sigerist, editados en Colombia en 1974, como "Historia y Sociología de la Medicina".

Una vez liberado de esta prisión, por temor a una nueva detención y sobretodo a las torturas, las que declara no podría resistir, emigró a Medellín, Colombia, donde fue contratado como Profesor e Investigador de la Escuela de Salud Pública de la Universidad. Allí falleció en 1978.

Durante el exilio, estuvimos en contacto con Gustavo en varias ocasiones, en La Habana y en Caracas. Buen y entretenido conversador, muchas veces nos sorprendió el amanecer. En uno de estos encuentros, nos relató las siguientes anécdotas.

Como sospechaba que sería detenido, solicitó a su médico un certificado en el que constara su condición de enfermo broncopulmonar, con un enfisema acentuado. Cuando lo llevaron a la cárcel presentó

ese documento, al cual no se prestó ningún interés. La sorpresa para nuestro amigo fue encontrar en ese lugar, detenido, al colega que le certificó su padecimiento. Durante su prisión en Agustinas, bebía una infusión para calmar su tos persistente. Cuando veía a un colega deprimido, le hacía beber un trago de esta infusión, como también a los gendarmes, cuya voluntad se había conquistado. En realidad, esta infusión correspondía a un buen pisco-sour.

Dos o tres semanas antes de su deceso, uno de nosotros (R.D.), estuvo con él en Caracas. Venía de La Habana. Pidió que fuera al aeropuerto, porque quería evitar la altura de Caracas. Con Isabel Tapia, socióloga y ex alumna de Gustavo, conversamos varias horas, en espera del vuelo que lo llevaría a Medellín. Mostraba signos evidentes de su mal, pero, a pesar de esto nos decía que no debíamos perder la fe ni las esperanzas y repetía, como dice el Chicho, “más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas”.

Mucha emoción rodeó esta despedida, porque todos asumimos que era la final. Tres semanas más tarde supimos de su fallecimiento. En homenaje a su memoria el Departamento de Medicina Preventiva y Social de la Escuela de Medicina “J.M. Vargas” de la Universidad Central de Venezuela, creo la “Lec-ción Molina Guzmán” que cada año dictan destacados salubristas venezolanos. A uno de nosotros (R.D.) se concedió el privilegio de dictar la primera. En esta oportunidad, como homenaje al amigo, dije los siguientes versos de Domingo Gómez Rojas, poeta al cual admiraba mucho y que murió víctima de la represión de esa época:

“La juventud, amor lo que se quiere, ha de irse con nosotros ¡Miserere! La belleza del mundo y lo que fuere morirá en el futuro ¡Miserere! La tierra misma lentamente muere con los astros lejanos ¡Miserere! y hasta quizás la muerte que nos hiere también tendrá su muerte ¡Miserere!”.